

Don Bosco encuentra a Miguel Rua

Traducción: Héctor Hernández

1845. Todos los sábados Don Bosco se traslada a los institutos de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. En el año 1830 se le había confiado a esta Congregación religiosa las escuelas de la Pía Obra de la Mendicidad Instruida y las Escuelas del Municipio de Turín. En esas escuelas Don Bosco había iniciado el ministerio sacerdotal que continuará hasta el año 1851. Allí, todos los sábados se entretenía con los muchachos por más de una hora, dándoles una conferencia sobre argumentos religiosos.

Objetivo bien claro

Atendiendo a lo que cuenta uno de estos muchachos, Don Bosco había centrado el objetivo: "Me acuerdo de que, cuando Don Bosco llegaba a celebrarnos la Santa Misa y, no raras veces, a predicar los domingos, apenas entraba a la capilla, parecía que una corriente eléctrica movía a todo aquel grupo de muchachos – recuerda Miguel Rua -. Se ponían de pie, salían de sus puestos, se agrupaban alrededor de él y no quedaban contentos hasta que no le besaran la mano. Necesitaba buen tiempo para llegar a la sacristía.

Aunque venían otros sacerdotes piadosos y competentes, no se veía cosa semejante. Cuando en las tardes de confesiones se avisaba que, entre los confesores estaba Don Bosco, todos los jóvenes lo buscaban y dejaban a los demás confesores sin trabajo.

El secreto del apego que teníamos a Don Bosco consistía en el cuidado laborioso, espiritual, que él realizaba en cada una de sus almas". Pero ¿dónde había conocido Miguel a Don Bosco? ¿Qué aspecto de este sacerdote había suscitado en él tanta simpatía?



Estamos en agosto de 1845. Un amigo de Miguel le cuenta que un sacerdote ha organizado un oratorio en el Refugio de la Marquesa Barolo.

Movido por la curiosidad, Miguel acepta ir con su amigo a este oratorio. Precisamente en esos días el Oratorio se ha trasladado a los Molinos en la periferia de la ciudad, hacia el río Po. Allí Rua reconoce en aquel sacerdote al amigo Don Bosco que había conocido tiempo atrás. Los dos son recibidos de una forma tan amable que Miguel queda sorprendido. Éste, sin embargo, en los tres años siguientes, frecuentará aquel ambiente sólo de vez en cuando. Pero Don Bosco no lo perderá nunca de vista: ha comprendido que Miguel Rua, por sus dotes y espiritualidad, es la persona justa para continuar su misión entre los jóvenes.

Un año de discernimiento

Mientras tanto Miguel está terminando el curso elemental en un instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. El muchacho vive en la zona de Valdocco, cerca del Oratorio de Don Bosco. En su casa recibe una formación cristiana. La cercanía a los ambientes de Don Bosco favorece su frecuencia al Oratorio, incluso entre semana. Concluido el año escolar, Don Bosco que ya conoce bien y aprecia a Miguel Rua le pregunta si quiere hacerse sacerdote. Miguel acepta. Bien, prepárate para estudiar latín, le recomienda el sacerdote.

Miguel comienza a estudiar; frecuenta asiduamente las lecciones y los resultados son buenos.

Un día Ascanio Savio, mientras se dirige al Oratorio de San Luis en